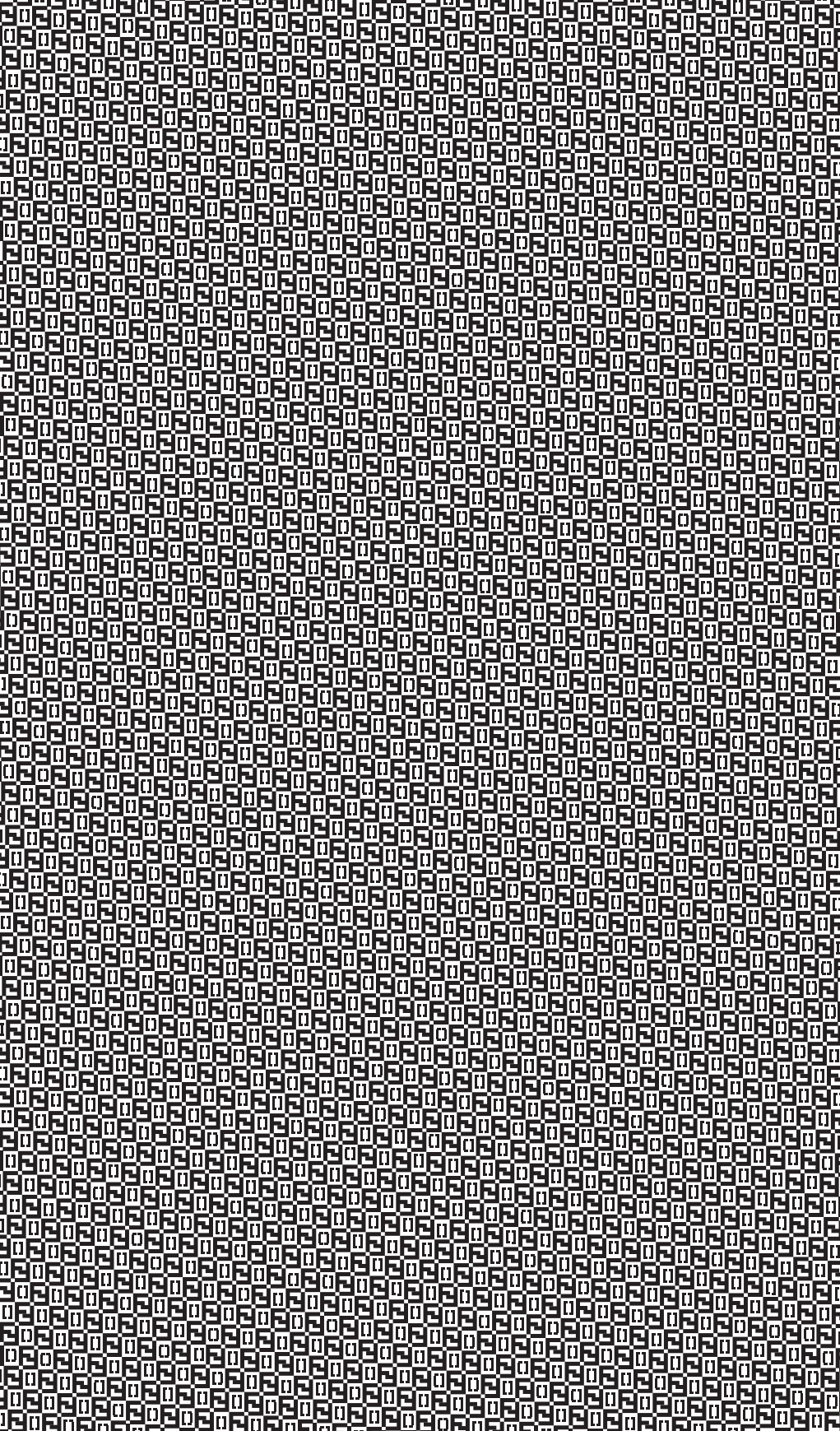




Cada día canta mejor  
Luis Mey

**FACTOTUM**  
EDICIONES





Cada día canta mejor

FACTOTUM  
EDICIONES

Mey, Luis

Cada día canta mejor / Luis Mey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2022.

160 p. ; 23 x 14 cm. (Fictio)

ISBN 978-987-4198-38-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Narrativa. I. Título.

CDD A863

© Luis Mey, 2022

© Factotum Ediciones, 2022

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Primera edición, 2022.

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Foto de tapa: Intervención sobre retrato de Gardel, por José María Silva, 1933

Retrato del autor: Guido Indij

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Composición de tapa: Fernando Ozón

ISBN 978-987-4198-38-9

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

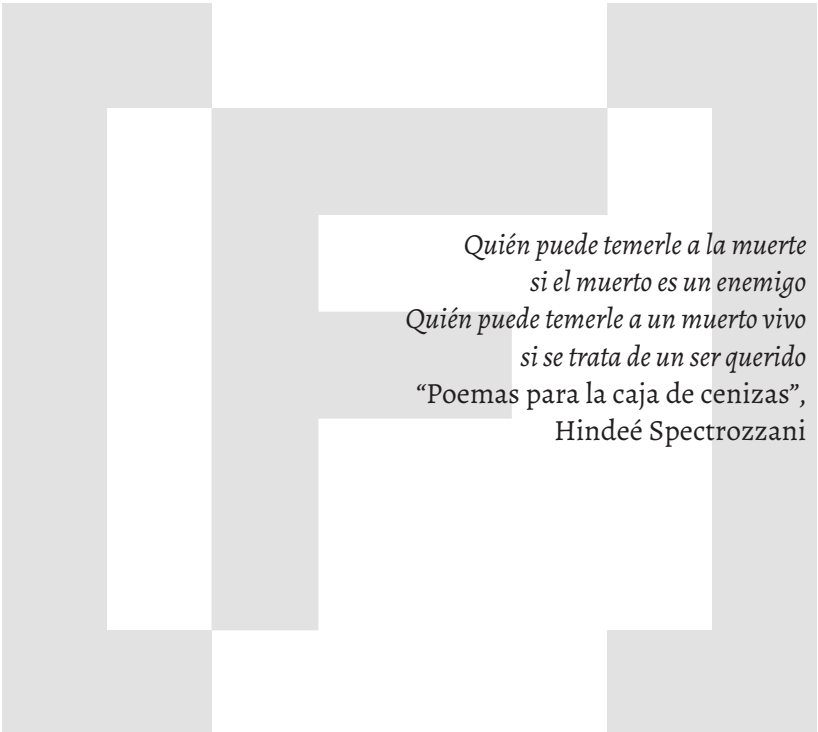
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Cada día canta mejor  
Luis Mey

FACTOTUM  
EDICIONES





*Quién puede temerle a la muerte  
si el muerto es un enemigo  
Quién puede temerle a un muerto vivo  
si se trata de un ser querido  
“Poemas para la caja de cenizas”,  
Hindeé Spectrozzani*

FACTOTUM  
EDICIONES



Capaz que el primero que dijo la palabra zombi en todo esto fue el Gringo, el viejo del billar de París (el pueblo ínfimo, el que andaba entrando al Litoral o un poco antes, no la ciudad, desde ya), jugando al pool conmigo, a minutos de sacarme a bochazos, un tiempito después de cruzarme con Tiburcio y su extraña reflexión conspirativa, quizá dato, quizá información fidedigna.

Yo le dije al Gringo:

—Lo que no entiendo, y quizá usted pueda llegar a explicarme, es qué tiene que ver *Volver* con todo esto...

—¿Cómo que no? —me preguntó interrumpiendo su tiro; le faltaba la negra, igual. Le puso tiza y cantó, apenas abriendo la boca, cigarrillo en la comisura—. *Volver con la frente marchita, las nieves del tiempo coparon su sien...*

—Yo de eso entiendo que hay un tipo que tiene canas que antes no...

Levantó la mano firme y respiró fuerte un par de veces. Se pasó la mano por la barba de dos días, una lija peligrosa, y después siguió:

—... *Errante en la sombra, te busca y te nombra...*

Hizo su tiro. La ocho siguió en la mesa.

—¿Y eso?

—Zombis, amigo. Lo buscaban a Gardel. Zombis.

Ahí pasaron dos cosas: una, metí todas las bolas, hasta la ocho, y le gané los cincuenta pesos de la apuesta. La otra, le pregunté por su colección privada de Gardel, que se suponía la más completa, al menos según el novio de Emilia, el loco del pueblo de por ahí, E. Balcarce. Y en ese momento será que no habrá aguantado más mi presencia que empezó a tirarme bolas de la otra mesa; o habrá tenido que eliminarme, sacarme del camino a la verdad más tapada de la historia de la Buenos Aires de antaño.

Corrí, corrí fuerte, y cuando las luces parpadearon en mis ojos, antes de desmayarme comprendí la estrofa fundamental de aquel tango y sonreí. Debí ser el hombre más feliz en la historia, también, de los viajes en ambulancia.

FACTOTUM  
EDICIONES



## I

Aquello comenzó en el barrio del Abasto —dónde más—, una noche de dos mil y pico, en la presentación del libro de un viejo amigo del que no me acordaba el nombre hasta que, por fortuna, apareció entre las recomendaciones de alguna red social y ahí me salieron las ganas de brindar con él, comprarle el libro, abrazarlo, conversar y armar algún proyecto, como debe hacer uno con cada amigo de la cultura, recuerde o no el nombre en cuestión.

—¿Salís?

Me puse una buena camisa, me negué a darle explicación alguna a Malena, mi esposa, por más que no las hubiese pedido, y perfumado por el cigarrillo en la boca, caminé tranquilo por Jean Jaures. Había luna cada vez que el cielo se colaba un poco entre los árboles, y siempre que los edificios de la cuadra, aparte de la hora, le permitieran asomarse. Hacía algo de frío, aunque no tanto como para no arriesgar el regalo al ojo ajeno de semejante camisa.

El libro se presentaba en el Tano Cabrón, al lado de la casa de Gardel, que para entonces era un museo. Había una presentación de libro era un decir, porque esa era más bien

la excusa para una fiesta o la fiesta para la presentación, no estaba claro, pero alcancé a ver la lista de invitados: casi todo ser humano medianamente vivo al que se le pudiera sacar un billete o un trago o un cigarrillo durante el evento, la simple rueda de la cultura.

Tiburcio, claro... Tiburcio se llamaba el escritor. Era de Wilde y estaba enamorado de viajar en colectivo hasta Capital para andar por reductos culturales como ese, siempre al borde de la quiebra. Tiburcio: tan olvidable como inolvidable. Sin intermedios. No había maldad en Tiburcio, solamente un constante alcohol en sangre. Buena gente; iba a todas las presentaciones de libros y jamás compraba el ejemplar en cuestión. Nunca tenía plata. El único que compró, admitió frente a mí una vez, fue en aquella de un tipo que se afeitaba las cejas y se las dibujaba con marcador y donde Tiburcio era el espectador. No uno: el espectador solitario. Él solo. Ni la familia del autor había ido. No tuvo más opción que abonarlo; el autor, que bien lo conocía, por si acaso se lo firmó en la página del título, cosa de que no lo devuelva más tarde arrancándole la página en blanco.

La presentación de Tiburcio fue diferente. Estaba repleta. El bar, el patio de adelante, el patio del fondo, la puerta. Tanto acto de presencia le había funcionado.

Yo me puse a tomar con un amigo tucumano (posiblemente Leo, posiblemente Pedro), después conversamos con dos chicas (una había hecho taller literario conmigo alguna vez) y él se besó con una y yo me besé apasionadamente con la otra. Era difícil besarla cuando Leo o Pedro, casi al lado nuestro, se veía perfecto que tenía por lo menos dos cabezas menos que esa otra chica, posiblemente Juana. Era la primera vez que Leo o Pedro besaba a una chica; eso lo sabía bien. Los hombres, dijo en algún momento de esa noche, tanto mal le habían hecho que al menos debía probar lo otro. Cada

palabra le salía con asco, y la que no, con dolor. Pero ahí estábamos.

Cuestión que con Lucrecia o Brenda nos besamos como por tres horas, y más o menos nos dimos cuenta de que estábamos enamorados o con ganas de vomitar, una de dos. En la hora previa al beso yo había ingerido, entre monólogos ajenos de nuestra ronda íntima, lejos de la presentación, todo el alcohol posible. Un mozo muy activo paraba ofreciendo, preguntando, sugiriendo:

—Hay un whisky importado...

—Sí.

—Hay un vino...

—Traelo.

—Encontramos un anís coreano...

—Dejame la botella.

Yo había aprendido a escapar de las presentaciones de libros sin pagar las bebidas.

Después ellas se fueron, mi amigo quiso pelearse con alguien por teléfono, se puso a llorar y salió corriendo a buscarlo. Lo vi correr por Jean Jaurés y me quedé mirándolo, cigarrillo en mano, hasta que lo perdí de vista. El aliento del beso con Lucrecia o Brenda seguía en la calle, peinando de sudor los adoquines, maquillando el andar de los fantasmas del barrio.

Fue entonces —debían ser las cuatro de la mañana—, cuando entré solo para acomodarme en un rincón hasta que alguien decidiera echarme. No sé en qué momento sucedió, pero en ese rincón, el imaginado, estaba mi amigo Tiburcio.

Salvo la niebla, que ya empezaba a filtrarse por todos lados, no había nadie más en el Tano Cabrón. Solo Tiburcio, el autor, el hombre de la noche.

Había algo de viento que pasaba bailando por ese patio de baldosas viejas, parra por la mitad, canilla que goteaba a

la mitad del ambiente. Nos bajamos la botella de anís y nos abrazamos. Lo felicité entre pausas por el mareo y me contó del libro. Después brindamos, nos abrazamos otra vez y nos besamos bien fuerte en la boca —me aflojó un diente—, pero de lo borrachos que estábamos, nomás, o entregados al ambiguo espíritu del tango, siempre lleno de hombres, amigos cercanos, muy cercanos. En fin: mucha pija.

—Yo siempre te tuve un gran aprecio, hermano—me dijo. Buena gente Tiburcio. Buena lengua. Su barba no pinchaba tanto—. Por eso... no solamente te voy a dar mi libro, sino que te voy a regalar un dato que te va a cambiar la vida —aseguró—. ¿Vos sabés quién vivió acá al lado?

—Tu hermana—le dije, y no le causó gracia. Hay un límite con el alcohol, y por lo tanto, para que después de besarnos no terminásemos a las trompadas, respondí como debía—. Gardel.

—Ahora tomá el agua y escuchame.

—Porque me vas a cambiar la vida.

—Yo no: el dato. ¿Vos escuchaste bien *Volver*?

FACTOTUM  
EDICIONES

## 2

Me desperté temprano, con un rayo de sol de mediodía inyectándose preciso en mi cara. Me había dormido en el piso, medio cuerpo abrazado a una pila de libros sin lugar en las bibliotecas, libros que porque no quería regalar ni tirar ni tampoco mezclar con los que yo creía que valían la pena y entonces ahí estaban, en el limbo, vagando, sin chances de ser leídos jamás, salvados de la parrilla por falta de parrilla.

Me hice un jugo de naranja y repasé, mientras esperaba el fin de la jornada laboral de la tostadora, las palabras de Tiburcio.

—Investigalo —dijo.

Acababa de decirme que Gardel había detenido un ataque zombi en Capital Federal o algo así.

—¿Qué cosa? —le pregunté.

—El tango *Volver*, la aparición de la nota de ese diario que te digo, fijate los registros, el tipo del cementerio...

Intentaba recordar lo que me había dicho antes de eso, pero no hubo caso. Salió la tostada, la comí parado, puse otra, tragué un litro de agua enterito antes de terminar de

masticar. Escuché, desde la ventana, la calesita de la plaza. Era un día hermoso. Sin muertos vivos a la vista.

Malena apareció un rato después. Abrió la puerta con una nota rara: quizá de cansancio, quizá buscando silencio. Ahí entendí que, habiendo visto que yo salía, ella también había salido. Tenía un olor muy profundo, por qué no asfixiante, y las medias de seda rotas, cuatro agujeros a la vista, al taco derecho se le había ido el brillo y al izquierdo, que encegüe-cía, le faltaba precisamente el taco. O estaba recién salida de su propia tumba o había logrado contarme su noche en una sola imagen.

Dijo:

—Luis, vos te das cuenta de que así no podemos seguir, ¿no?

Para no discutir, agarré por otro camino. Si realmente quería discutir, si realmente necesitaba hablar de eso, pondría todo de sí misma para reencausar su punto.

—No me había dado cuenta de que no estabas —le dije.

—Bueno... ¿Comiste algo?

—Algo.

—Yo me voy a dormir un rato. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo que investigar una cosa.

—Te traje cigarrillos.

Un paquete de Le Mans de veinte por la mitad. Se había cogido a un viejo. A uno muy viejo. Me excité más que la vez que llegó con cigarrillos raros, posiblemente africanos. Sonaba *Nefertiti*, de Miles Davis, pero ella me bajó el volumen, me sacó un Le Mans y se fue a la habitación. La escuché fumarlo en la oscuridad de las persianas bajas, pensando seguramente en su noche.

Yo pensaba en la mía.

### 3

Lo primero que hice fue buscar a la tal Lucrecia o Brenda entre los contactos de Tiburcio, pero ninguna. Después busqué alguna foto del evento, ninguna foto. Nadie había subido nada. Subí el volumen un poco cuando mi esposa comenzó a roncar.

Disperso en esas primeras horas de masticar los dátiles de una depresión inminente, me llegó un mail de un absoluto desconocido (Poresepalpitar1954) que decía: “Luis, espero que estés bien. Te escribo por el asunto gardeliano. Acá te dejo la nota que salió hace algunas décadas. La tuve que buscar en el archivo del cementerio porque ni en *La Razón* lo tenían”.

“Disparose un arma en confuso episodio mortuorio”, rezaba el titular.

Agrandé un poco la foto amarilla y alcancé a leer algunas partes. “Policía nocturno, en sus últimos minutos de guardia frente al cementerio de la Chacarita, presa del terror desenfundó su arma reglamentaria y abrió fuego contra cuerpo caminante enfundado en traje funerario”.

Encendí un cigarrillo (con inusual disfrute), me estiré en la silla y seguí:

“Consultado el personal forense, el sujeto, previamente reconocido como Jorge Ricardo Lugones, fallecido semanas atrás a la edad de veintiocho años, sufría catalepsia. Las autoridades, en dedicada tarea, buscan determinar el modo de supervivencia del occiso durante las semanas...”.

Era la foto, sin embargo, lo que dominaba el artículo: el mismo policía, pálido como actor de cine mudo, lloraba en la puerta del cementerio rodeado de personal policial y médico, algunos curiosos, como el hombre de la florería, cigarrillo en los labios, gorro hasta las cejas, la mano en el pantalón de vestir. No se veía, desde ya, pero todos en la foto parecían sacudir la cabeza. Una tragedia, una desgracia, una historia de difícil transmisión (salvo en billares, salvo en almacenes).

Al final de la jornada, al menos según la nota, “el muerto volvió a su tumba, cuestión que aclarase Su Excelencia el juez Íntimo Espina, quien respetara el último certificado del sujeto en cuestión, designándole, por lo cual, la condición de muerto, y celebrándose, en el hospicio funerario (sin costes por parte de la familia), un segundo velatorio”.

La nota de color la daba un viejo amigo del occiso, Penumblo Dilamitoso, quien, a pesar de la inflexión en la mirada de la foto, se declaraba en éxtasis gracias a la segunda oportunidad, decía, que Dios y el policía le habían dado *a él mismo*, no al muerto devenido en vivo. ¿La razón? Por cuestiones maritales (pedía permiso para no explicarlas), no había podido asistir al (primer) velatorio de su viejo compadre.

Anoté urgente el nombre del periodista (Dalmasio Napolitano) de la primera nota, aunque encantado por averiguar también el de la siguiente.

Jugué con el encendedor entre mis dedos, guardé todo y apagué la computadora. Me acerqué a Malena, que dormía con una sonrisa lejana a nuestro domicilio, y me retiré en puntas de pie.



Me lastimé el tobillo al tropezarme con los tantísimos libros sin biblioteca del living, pateé algunos (entre ellos *La cocina de la escritura de cartas de despido. Cómo despedir a alguien y no perderlo como cliente*, de Muriel Cassany) y salí, convencido y excitado, rumbo al cementerio.



FACTOTUM  
EDICIONES



**¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?**

**Podés adquirirlo en [www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)  
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones  
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?